

PROYECTOS BINACIONALES: EL PROYECTO CHIAPA DE CORZO 2008

Doctor Emiliano Gallaga Murrieta (INAH-Chiapas)²
Doctor Bruce R. Bachand (BYU-NWAF)³
Doctora Lynneth S. Lowe (CEM-UNAM)⁴

En el imaginario colectivo la figura del arqueólogo es la de un ser solitario que tiene una respuesta lista para cada situación y que trabaja en lugares exóticos. Quienes nos dedicamos a la arqueología sabemos que la realidad de esta disciplina dista mucho de la imagen de *Indy* (Indiana Jones), aunque en el fondo la mayoría de nosotros admiremos al personaje. En la última saga de este icono hay una escena en la que el mismo pone énfasis en el hecho de que los arqueólogos hacen ciencia. Aunque lo anterior es sin duda es cierto, habrá que preguntarse ¿para quién la hacemos?

Sin entrar mucho en detalles, podemos argumentar que, en efecto, la arqueología estadounidense está interesada en hacer ciencia e investigaciones del otro. Sin embargo, la denominada antropología social mexicana (que incluye, por supuesto, a la arqueología) presenta una diferencia fundamental: quienes la ejercemos buscamos investigar sobre nuestros propios ancestros a fin de dar fundamento al Estado (Newell, 1997). Así, si bien en ambos casos los contextos y los objetos que nos ocupan son similares, los arqueólogos de cada país tenemos fines y formaciones distintas. ¿Cómo logramos entonces congeniar las dos escuelas cuando colaboramos en un mismo proyecto? Entre las dificultades que debemos sortear está la barrera del idioma, pero es importante considerar también las diferencias y similitudes de los investigadores participantes con la idea de que esta diversidad deje de ser un obstáculo y, por el contrario, abone positivamente al proyecto en cuestión; en pocas palabras, es necesario validar en la práctica la interdisciplinariedad y la interinstitucionalidad.

El presente ensayo (cuya conclusión sigue, por decirlo de algún modo, *in the making* dentro de los laboratorios de varias instituciones) pretende describir de manera somera la forma en que se conformó exitosamente un proyecto binacional con la participación de varios investigadores. Con el ejercicio aquí propuesto procuramos dar un panorama general del análisis que posibilite la mejor

² Centro INAH-Chiapas, Calzada de los Hombres Ilustres s/n, Colonia Centro, C.P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, emiliano_gallaga@inah.gob.mx.

³ New World Archaeological Foundation, Department of Anthropology, Brigham Young University, 800 SWKT, Provo, UT 84602, bruce_bachand@byu.edu.

⁴ Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F., lynnethlowe@hotmail.com

interpretación de los contextos arqueológicos registrados. Sabedores de la gran riqueza arqueológica con la que cuenta el estado de Chiapas, pero también conscientes de las lagunas en el conocimiento de nuestra profesión sobre esta región del sureste mexicano, consideramos que la mecánica de trabajo y colaboración del proyecto binacional realizado en Chiapa de Corzo está brindando resultados que van más allá de lo esperado.

El proyecto comenzó a gestarse, al igual que muchos otros, a raíz de las inquietudes que un arqueólogo veterano (en este caso, John E. Clark de la New World Archaeological Foundation) expuso a un joven colega (Bruce Bachand, de la Universidad Brigham Young). La propuesta era simple: regresar al sitio de Chiapa de Corzo para retomar un viejo proyecto arqueológico, volviendo a excavar las calas realizadas en la década de 1950 por la fundación a la que se adscribe Clark. Debido a la pérdida de las notas donde se consignaron los resultados de la primera excavación (se culpa a los aluxes de la región), valía la pena hacer un buen registro estratigráfico y coleccionar nuevamente material que pudiera ser fechado. El objetivo era contar con información confiable para redefinir la cronología del sitio y de la región, así como el desarrollo cultural de los mismos.

El sitio de Chiapa de Corzo fue uno de los grandes centros zoques del Valle Central Chiapaneco durante el periodo Formativo (véase figura 1) y está localizado en gran parte dentro y debajo de la actual localidad que lleva el mismo nombre. Aunque se sabía poco de este sitio antes del decenio de 1950, desde entonces y durante los siguientes 20 años el mismo fue objeto de varios proyectos a gran escala a cargo de la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo. Dichas investigaciones proveyeron la información con la que hasta ahora se contaba en torno al sitio (Bachand, 2008) y determinaron una de las secuencias ocupacionales más largas establecidas para Mesoamérica (más de 3,000 años). También se concluyó entonces que la comunidad prehispánica de Chiapa de Corzo había fungido como intermediario cultural entre la región olmeca y la maya. Todos estos datos hacían de gran utilidad la revisión del desarrollo cultural del sitio para ordenar y relacionar cronologías culturales a lo largo de la porción sur mesoamericana.



Figura 1: Foto área de la zona arqueológica de Chiapa de Corzo en la que se aprecian los montículo 1 y 5 (Foto cortesía de la NAAF).

El Proyecto Arqueológico Chiapa de Corzo (PACHC) comenzó con la conformación de un equipo interinstitucional (y de al menos dos países) de arqueólogos que participarían en él: el doctor Bruce R. Bachand como director (BYU-NWAF), el doctor Emiliano Gallaga Murrieta en el puesto de subdirector (INAH-Chiapas), la maestra Lynneth S. Lowe (CEM-UNAM) y como asesor el doctor John E. Clark (NWAF). El siguiente paso fue estructurar una propuesta de investigación equilibrio exacto entre la teoría arqueológica, las realidades nacionales, los objetivos de las dos escuelas involucradas y, claro está, el presupuesto. La iniciativa debía ser aprobada por el Consejo de Arqueología del INAH, lo que logramos luego de tres intentos. Ya con el permiso en la mano, se inició la planeación logística de campo, para lo cual se contó con facilidades proporcionadas tanto por el personal, como por las instalaciones de la NWAF en San Cristóbal de las Casas, así como del Centro INAH -Chiapas en Tuxtla Gutiérrez.

El trabajo de campo comenzó a mediados de enero del 2008 y continuó hasta finales de marzo. Aunque el análisis continúa, pueden citarse desde ahora algunos resultados interesantes, tanto del lado científico del proyecto como del de su interacción con la comunidad. De igual forma, mencionaremos la inserción de investigaciones que no se tenían contempladas en las que participan investigadores de otras instituciones, y cuyos resultados enriquecen la interpretación de los contextos identificados.

En un principio el trabajo de campo sólo se enfocaría a localizar, describir y registrar las calas realizadas por los proyectos de la NWAF en la plaza central de los montículos 1, 5, y 7 (Áreas A y B). Sin embargo, aprovechando la sinergia del proyecto, se decidió expandir las calas y pozos de sondeo a otras áreas poco o nada exploradas del sitio, como fue la comprendida entre los montículos 11 y 12, conocidos como el “Grupo o Complejo E” y el pie del montículo 36 (Áreas C y D) (véase figura 2).

A final de la temporada se realizaron 32 pozos de sondeo y dos trincheras, cuyos resultados sobrepasaron nuestras expectativas de investigación, ya que no sólo se logró identificar y registrar las calas de la década de 1950, sino que se localizaron ricos contextos que proveyeron de las muestras necesarias para fechamiento y enriquecieron la interpretación cultural del sitio.

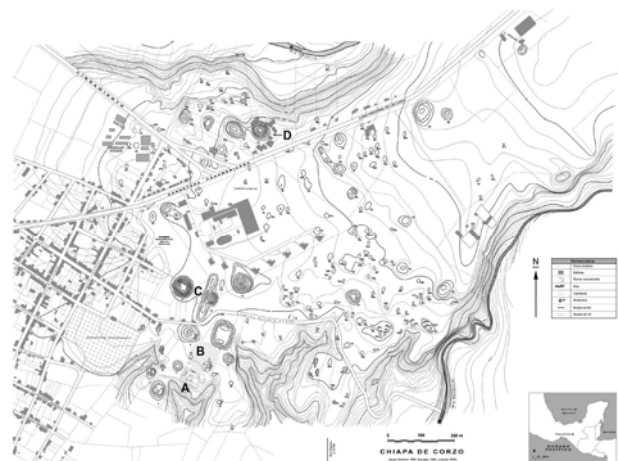


Figura 2: Mapa de la Z. A. de Chiapa de Corzo y las distintas áreas de excavación (según Martínez, 1960; González 1985; Aguilar 2008). Dibujo de Roberto Carlos Hoover, NWAF 2008).

En el Área A, varios niveles con cerámica no mezclada de la fase Cotorra (1200-1000 a. C.) fueron identificados. De igual manera se ubicó un basurero de la fase Dili (1000-700 a. C.) en el que, entre otros muchos materiales, se encontró una figurilla fragmentada tipo "Baby Face". Asimismo, se obtuvo evidencia del sistema constructivo de relleno y nivelación de la cañada natural que se localiza debajo de la parte posterior del Montículo 1. En el Área B se identificó lo que puede ser un estanque o aguada al centro de la plaza principal correspondiente al periodo Formativo Medio, que dejó de fungir como tal y fue rellenado. También se registraron dos niveles superpuestos de la fase Dili, e inesperadamente, 11 entierros asociados a la fase Francesa del Formativo Tardío. Lo anterior permite suponer que en algún momento de la vida del sitio esta área pudo servir como cementerio o estar asociada con los ancestros. En el Área D se localizó un muro de piedra careada, quizá parte del montículo 36. Por último, en el Área C se detectó uno de los contextos más significativos de esta temporada: al pie del Montículo 11 se ubicó una ofrenda o cache de hachas de piedra identificadas como de la fase Escalera (700-400 a. C.), así como objetos de estilo o procedencia olmeca.

Esta ofrenda está asociada con el "Grupo o Complejo E" del sitio, uno de los más grandes y tempranos construidos en Mesoamérica (Mason, 1960). Pendiente de los resultados de fechamiento para poder corroborar las interpretaciones iniciales, este cache de hachas se dató mediante secuencias cerámicas al principio del periodo Formativo Medio Tardío (ca. 600 a. C.). El pozo donde se depositó el cache fue excavado en la roca madre, posiblemente durante un solo evento en época de secas y, aunque no se excavó en su totalidad, se estima que tuvo unas dimensiones cercanas a los 6 m de largo por 4.5 de ancho y 4.5 profundidad. En total se recuperaron 127 hachas y un entierro con ofrendas asociado. Las hachas varían entre 3 y 38 cm de largo, fueron confeccionadas tanto en materiales locales como foráneos, entre los cuales podemos mencionar el jade, la andesita, la arenisca, las calizas y la piedra de río.



Figura 3: Foto del cache de hachas en la que se muestra una de las alineaciones en que fueron localizadas las hachas (Foto cortesía de la NNAF).

La gran mayoría de las hachas encontradas se identificaron como pseudo-hachas, formas mínimamente modificadas o no alteradas. Algunas fueron depositadas paradas y otras acostadas, con cierta alineación a los puntos cardinales a lo largo y ancho del pozo, dejando vacíos considerables entre ellas, disposición que no se había reportado previamente (véase figura 3). Una de ellas fue manufacturada en serpentina verde grisácea, con una representación olmeca esgrafiada en uno de sus lados y las incisiones cubiertas con pigmento rojo (véase figura 4). En la esquina noroeste del pozo fue encontrado el esqueleto de un adulto, al cual se

le depositaron dos orejeras de serpentina, una concha, cuentas de jade, un tubo de jade y por lo menos tres vasijas similares o provenientes de la región olmeca del Golfo (véase figura 5) (Bachand, 2008).

Como parte de sus resultados preliminares, el proyecto recuperó la información “perdida” sobre las calas realizadas por la NAAF, así como el material de formato pequeño que se halló con técnicas empleadas comúnmente en cualquier proyecto actual, pero que no eran frecuentes medio siglo atrás. También se realizaron flotaciones de tierra proveniente de distintos contextos, los cuales nos permitirán saber más sobre la vida cotidiana o de contextos específicos. La identificación y registro sistemático del cache de hachas nos proporcionará información necesaria acerca de los inicios del asentamiento y de sus relaciones con los habitantes olmecas de la costa del Golfo de México. De igual manera, será posible describir y empezar a interpretar este tipo de eventos o contextos religiosos.



Figura 4: Hacha de serpentina con la representación esgrafiada de una cara olmeca (Dibujo de Áyax Moreno).

Desde el punto de vista de interacción del proyecto con la comunidad de Chiapa de Corzo, podemos mencionar en primera instancia el beneficio económico: fueron empleados 43 miembros de la comunidad que realizaron distintas actividades (excavación y lavado de material,

principalmente); se rentó una casa y se compraron los insumos en la localidad. Es interesante recalcar que en Estados Unidos rara vez se contrata personal para realizar este tipo de tareas, ya que éstas las hacen estudiantes o voluntarios. Otras actividades colaterales de la interacción con la gente del lugar fue la presentación de los resultados del proyecto mediante pláticas o conferencias, no sólo en los foros académicos sino en aulas, con personal de municipio, con asociaciones culturales y con la comunidad en general. No menos importante es que los resultados del proyecto serán la base de la unidad interpretativa que se está diseñando para la comunidad de Chiapa de Corzo. Esta unidad no se ubicará en la zona arqueológica, sino como una sala más del Museo del Exconvento de Santo

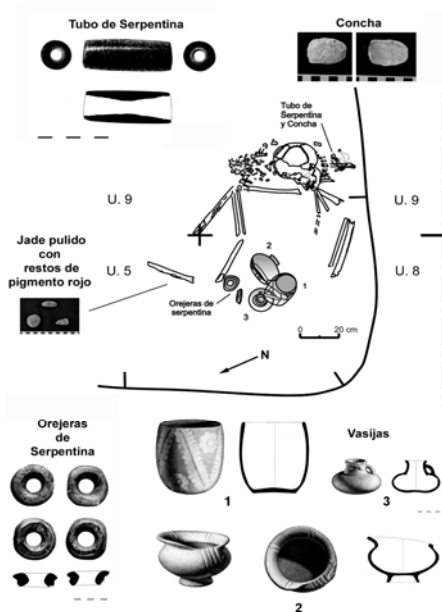


Figura 5: Foto del entierro asociado con el cache de hachas en la que se aprecian las orejeras de jade y las vasijas de afiliación olmeca del Golfo de México (Dibujo de Áyax Moreno).

Domingo ubicado en el centro de la localidad, como una medida para dar fuerza y diversidad a un museo ya establecido. Esta unidad interpretativa tiene como principal objetivo dar a conocer el pasado prehispánico y acrecentar la identidad colectiva.

Como se dijo al principio, algunas ramificaciones de este proyecto no se tenían contempladas en un inicio, pero definitivamente serán una gran aportación a la investigación e interpretación del sitio. Por ejemplo, una vez diseminada la noticia de la localización del cache de hachas, el arqueólogo Olaf Jaime Riverón fue contactado para revisarlas y se llevó una muestra representativa de los materiales de las hachas para analizar su procedencia mediante PIXE y difracción de rayos X en el Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares. De igual manera se realizó un primer acercamiento para analizar el material orgánico, previo a su análisis de fechamiento (C14) con el biólogo Óscar Farrera, del Museo Botánico de Tuxtla, quien aunque no pudo ahondar mucho, generalizó la muestra dentro del género de las dicotiledonias e identificó una de las muestras como posiblemente una bursera (posiblemente copal); se han comenzado pláticas con personal del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM para profundizar en su estudio.

También se prevé la exportación de más de 42 muestras hacia los Estados Unidos para realizar fechamientos de C14, con los cuales redefinir la cronología del sitio y fechar contextos específicos, como el cache de hachas. Dentro de las actividades de gabinete en San Cristóbal de las Casas, se hizo la flotación de 2,026 kilos de tierra; las fracciones ligeras y pesadas resultantes de esta práctica serán analizadas principalmente para la identificación de polen, pero habrá que ver que otro tipo de material sea posible identificar.

En lo que respecta a los entierros localizados, Carolyn Freiwald y Doug Price, de la Universidad de Wisconsin, nos contactaron para saber si podrían realizar análisis de estroncio de los dientes y huesos, con el fin de determinar su procedencia o contrastarlos contra una base de datos que tienen sobre población prehispánica de la región del Golfo. Esta propuesta, por demás atractiva, nos permitirá establecer si existía una relación más directa entre este sitio y los olmecas del Golfo de México. Este análisis, igual que los fechamientos con Carbono 14, se encuentra en proceso.

De manera sucinta, narramos el desarrollo del PACHC, describimos los contextos localizados y enumeramos a los distintos investigadores e instituciones que participan y cuya colaboración se integrará en las conclusiones. Cualesquiera que éstas sean, estamos seguros de que serán mucho más ricas y definitivas que las desarrolladas por nosotros solos si no hubiéramos compartido nuestra información y materiales. Por otro lado, la franca colaboración establecida entre colegas de escuelas distintas, tanto teóricas como prácticas, nos garantizó una interesante retroalimentación del objetivo

de nuestra labor en las sociedades en las que vivimos. Aunque es cierto que nuestros colegas del vecino país del norte identifican al INAH como una institución cultural monóplica, hemos visto en este proyecto que se puede colaborar de manera muy productiva a partir de nuestras diferencias culturales y realidades nacionales. Claro está que como arqueólogos lo más importante es salvaguardar el patrimonio cultural de un país y que la colaboración entre instituciones es lo que nos enriquece como individuos.

Bibliografía

Bachand, Bruce R., Emiliano Gallaga y Lynne S. Lowe, *Proyecto Chiapa de Corzo: Informe Técnico de la Temporada 2008*, manuscrito. Archivo de Consejo de Arqueología, INAH, México, inédito, 2008.

Mason, J. Alden, "Mound 12, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico", *Papers of the New World Archaeological Foundation*, Núm. 9, Brigham Young University, Provo, 1960.

Newell, Gillian, "Undergraduate Training in Archaeology in the United States and in Mexico", tesis de licenciatura, Departamento de Antropología, Universidad de Binghamton, Nueva York, 1997.